

¡La reina del dolor!

POEMA

G-F 6507



DG  
D  
BA

# ¡La reina del dolor!

POEMA EN CINCO CANTOS

POR

VALENTIN LORENZO DEL POZO

UNA PESETA

VALLADOLID

IMPRENTA DE JUAN RODRIGUEZ HERNANDO

*Duque de la Victoria, 18.*



N.T. 106274  
CB. 1129377

R. 76258

¡La reina del dolor!

POEMA EN CINCO CANTOS

VALENTÍN LORENZO DEL POZO

**Es propiedad**

UNA PÉSTA

VALLE ARRILO

Impreso en los talleres de la Editorial "El Financiero"

Atlix, Puebla, México, 1940



## MI PRIMER PÁGINA



*Un libro sin cuatro frases del autor á la cabeza parece, á mi entender, una irreverencia hacia el lector, con el que debe sincerarse antes de conducirle al escabroso camino de la instrucción ó el agrado: he aquí, pues, mi principal objeto, lo que justifica esta mi primera página.*

*A este libro—inmeritorio como de mi tosca pluma—le falta, á más, el matiz más colorido y harmónico que, dado el asunto que en él me propongo desarrollar, le falta.*

*A este mi pobre libro creo le haría destellar—dada su escasa valía—el nombre á su cabeza de una ilustre dama de esta muy noble Vieja Castilla.*

*Pero ¡ay! ni yo de ello tengo facilidad ni lo merezco. Limítome, pues, á decir lo honroso que para mí hubiera sido encabezar estas líneas con el nombre de una dama linajuda.*

*Sea, pues, mi libro bien acogido aunque no lleve en su frente tan alto honor, y trátalo, lector querido, como tratarías á la protagonista de mi historia.*

*El Autor*





# ¡La reina del dolor!

## POEMA

### Canto primero

---

---

Sobre un pintoresco valle  
tan risueño y seductor  
que no es posible que se halle  
cielo de más esplendor;

De límpidos arroyuelos  
rodeado y de follaje;  
de árboles de grandes vuelos  
nacidos á su arbitraje;

Pero formando un conjunto  
tan bello, tan primoroso  
que no se hallará otro punto  
de natura más hermoso!

Ni en Suiza ni en Venecia  
es posible que haya un cielo  
de tan bella refulgencia  
ni de tan risueño suelo.

Pues allí las flores cantan  
en el campo, su hermosura;  
los arroyos corren, saltan  
bendiciendo á la Natura.

Allí todo es seductor;  
todo es hermoso y risueño:  
yo creo que ya mejor  
no se dibuja ni en sueño.

Y sin embargo es de España  
tal lugar, sí; y de Castilla  
la Vieja. ¿Acaso os extraña  
el tener tal maravilla?

¡No, no! viejo castellano,  
no te extrañe esa hermosura;  
también á tí el Soberano  
te dió risueña natura.

Y si do tal sitio es  
te preocupa, lector,  
voy á decirtelo, pues:  
Valle de Esgueva en su honor.

El nombre no le hace al caso;  
pues á nada condujera  
que yo, por salir del paso,  
uno fingido te diera.

Si tenéis ya del lugar,  
aunque pequeña, una idea,  
la figura destacar  
ved por allí de una aldea.

De una aldea cuyas casas  
casi casi pueden verse;  
pues la vista de élla pasas  
al mirar sin detenerse.

Pero ¡ay! que si se percibe  
tu vista de aquella hondura  
de las montañas declive  
y verjel de la natura,

Te llenas de admiración  
al ver allí cien casitas  
cercadas en confusión  
de arbustos y florecitas;

Cuyos arroyos corriendo  
de la aldea en derredor  
van á todo sonriendo  
y á todo dando color.

Y cuando el sol con sus rayos  
manda un día esplendoroso  
de esos risueños de Mayo...  
¡que cielo aquel más hermoso!

No hay nada más seductor  
que aquella hermosa campiña;  
que por allí una canción  
escuchar de cierta niña.

Pero más no divagemos  
describiendo tal aldea;  
ya, aunque pequeña, tenemos  
de élla suficiente idea.

Vamos, pues, ya conocido  
tan pintoresco terreno,  
á hablar de lo sucedido,  
entrando en cuestión de lleno.

## Canto segundo

---

---

Vivían en el lugar  
de que hemos hecho mención  
dos amantes, cuyo amar  
era en la moza pasión  
y en el hombre idolatrar.

El amor en la mujer  
rayaba casi en locura.  
Yo creo no podrá haber  
en ninguna criatura  
cual aquel otro querer.

No era extraño: Rosalía  
otro amor no conoció  
que el que en su pecho latía:  
con él yo creo nació  
y por él sólo vivía.

Pues en la aldea nacieron  
y casi igual se criaron;  
juntos por ella corrieron,  
y emociones mil cambiaron  
hasta que su amor sintieron.

Y cuando en sus corazones  
sintieron igual latido,  
el amor sus emociones  
en un mirar confundido  
declaró sus impresiones.

Y se amaron, si, se amaron;  
pero no cual otros seres.  
Jamás amor se juraron  
como otros; más sus querer  
de éllo no necesitaron.

Rosalía en aquel mozo  
dueño de todo su amor,  
veía de dicha un pozo;  
su sueño de más color,  
su felicidad, su gozo.

También su amante por élla  
sentía amor verdadero;  
la contemplaba tan bella  
que era su sueño hechicero  
poder lograr tal doncella.

Verdad es que Rosalía  
digna era de todo amor;  
era hermosa: parecía  
una caprichosa flor  
en belleza y lozanía.

Era una hermosa aldeana  
de colores naturales,  
y belleza soberana.

De pequeños ideales;  
pero de un alma cristiana.

Ruda, con esa rudeza  
de seres poco sociables;  
de ignorancia en la cabeza;  
pero á veces envidiables  
de su alma por la grandeza.

Así era nuestra mujer,  
nuestra hermosa Rosalía:  
de puro y dulce querer;  
bella cual de Mayo un día;  
alma de angélico ser.

Su amante era un mocetón  
del campo, noble y fornido;  
de escasisima instrucción  
y vulgarmente vestido;  
¡pero de un gran corazón!

.....

Ya, teniendo hecho un bosquejo  
del lugar y personajes,  
no hagamos el cuento añejo.  
Coged vuestros equipajes  
y venid, os lo aconsejo.

Venid conmigo al lugar  
que tenemos ya *descrito*,  
y vámonos á llegar  
muy chitón y muy quedito  
donde hablan dos de su amar.

.....

Es una tarde de Mayo  
próximo á espirar el día.  
El sol en su último rayo  
del mundo se despedía  
con paulatino desmayo.....

Junto á un cristalino arroyo  
una roca nace airada,  
roca que sirve de poyo  
al amante y á la amada:  
junto á la roca hay un hoyo.

Vámonos á colocar  
en éste con gran cuidado  
para poder escuchar  
de la amante y del amado  
cuanto éstos puedan hablar.

.....

La mujer parece llora;  
el hombre triste suspira;  
una pájara cantora  
dice adios al sol que espira,  
y el celaje empieza ahora.

.....

.....

No llores, amada mía,  
no llores—dice el amante,—  
que tras este aciago día  
vendrá, una aurora brillante,  
vendrá, no llores, confía.

Y estos campos tan hermosos  
que nos han visto nacer,  
nos verán también dichosos  
cuando yo llegue á volver  
y nos hagamos esposos.

¡Ay, Pedro!—dice la amada—  
¿Pero cómo no llorar  
si está mi dicha cifrada  
en tí y te veo arrastrar  
á una guerra tan malvada!

¡Déjame, Pedro querido,  
llorar, aunque tu no llores,  
ese tiempo trascurrido  
por aquí; nuestros amores ....  
lo felices que hemos sido!

.....

¡Pobre joven! ¿Por qué llora?  
¿Por qué gime tan dolida?  
Habla de guerra traidora.....  
¿Será que lucho homicida  
se encendió en terrible hora?

Si: la guerra ha proclamado  
un pueblo que independiente  
quiere ser, y allí han llevado  
á nuestro español valiente  
á refrenar al malvado.

Mas la traicionera guerra  
reclamaba sin dolor

hombres para aquella tierra,  
los que su clima traidor  
daba una muerte que aterra.

Y en una fatal llamada,  
de entre las muchas que hacía  
el Gobierno, fuéle airada  
la suerte á Pedro y tenía  
que ir á la guerra malvada.

Y al siguiente día de ese  
en que los vemos hablando,  
Pedro, pesare á quién pese,  
es cuando presto marchando  
tiene que ir: ¡quién lo creyese!

Así que cómo no estar  
Rosalía compugida?  
Y él ¿cómo no suspirar  
viendo á la mujer querida  
de tal manera llorar?

Ellos, que después del cielo,  
no conocieron más dicha  
que la de amarse en el suelo,  
y causara su desdicha  
de cualquiera un desconsuelo....

¿Cómo no estar apenados  
y verter copioso llanto?  
¡Si, llorad, seres amados,  
¡Llorad perdidos encantos  
de caricias adornados!

¡Llorad, llorad si la suerte  
que sabe Dios os espera!  
¡Acaso de uno la muerte  
haga esa hora la postrera!  
¡Rosalía hazte la fuerte!

.....

Fuéronse los dos amantes,  
después de tan triste idilio,  
caminando jadeantes  
de su aldea al domicilio  
que los sonriera antes.

.....

¡Para siempre el arroyuelo  
y todo aquel campo hermoso  
perdió su color de cielo!  
¡Todo quedaba lloroso,  
para los dos, de aquel suelo!

Toda la distancia fueron,  
hasta su casa, llorando.  
Casi nada se dijeron.  
Mirarse ambos suspirando:  
ésto es lo que más hicieron.

Mas por la iglesia al pasar  
de la aldea, con fervor  
se postraron á rezar.  
Allí juráronse amor,  
y volvieron á marchar.

Ya á la puerta de la casa  
en que habita Rosalía,

él, aunque el dolor le pasa,  
dícela: Adorada mía,  
pongamos al pesar tasa.

¡Adios! y pues nos amamos,  
como sabes, no penemos.  
Mañana nos separamos;  
pero pronto nos veremos,  
y entonces ante Dios vamos.

Es verdad, Pedro querido,  
adios—dijo Rosalía—  
Mi amor con el tuyo unido  
estará de noche y día  
¡Quiera Dios vuelvas cumplido!

¡Más no sé por qué presiento.....  
en fin: nada.... adios, adios!  
No quiero darte tormento  
diciéndote veo en pos  
de mí un dolor muy cruento!

Cuando vayas á emprender  
la marcha, ven por aquí  
—Mañana al amanecer  
volveré á estar junto á tí:..  
adios!..  
—...¡adios mi querer!

.....

---

A la mañana siguiente  
apenas rayaba el día,  
aunque triste, diligente,

Pedro del pueblo salía  
adios diciendo á su gente,

Cuando ya lejos se hallaba  
de aquel su querido valle,  
volvióse y triste miraba  
la última y ruinosa calle  
y una lágrima le daba!

Después: llegó á la ciudad,  
le instruyeron le llevaron  
y, tras larga enfermedad,  
en la guerra lo enterraron,  
dudando aquí su verdad.

.....

A la par que eso ignoraba  
aquella aldeana hermosa  
doble pena traspasaba  
su corazón, y llorosa,  
por tal, siempre se encontraba.

Su padre enfermo cayó,  
único ser que tenía  
en el mundo, y sucumbió,  
quedándose Rosalía  
sóla y pobre... cual nació!

Esta terrible dolencia  
su pecho hirió de tal suerte  
que no tuvo resistencia,  
y enfermó; pero la muerte  
mostró con ella clemencia.

Y otra vez, cierta mañana  
del otoño, por el valle  
salió la hermosa aldeana,  
cruzando la última calle,  
á respirar brisa sana.

¡Pobrecita Rosalía!  
¡Qué triste, qué horrible pena  
su corazón oprimía!  
¡Antes de colores llena  
y después pálida y fría!

Antes de marchar su amante  
y de su padre morir,  
sencilla hacia elegante;  
alegre no hay que decir,  
y de hermosura..... irradiante!

Antes de tan triste duelo  
Rosalía era en la aldea  
la más jovial de aquel suelo,  
la de más graciosa idea,  
y la hermosa como el cielo.

Cuando iba á la fuentecilla  
agua límpida á coger,  
de su roja cantarilla,  
los mancebos de la villa,  
todos querían beber.

Ella, con gracia y finura,  
á todos correspondía;  
y á todos con su hermosura,

su garbo y su donosura  
cautivaba Rosalía.

Y una canción dando al viento,  
cuando alguien la requabraba,  
daba al hombre tal tormento  
que parece los llevaba  
tras sí con tan suave acento.

Pero ¡ay! desde que aquel mozo  
dueño de todo su amor  
se ausentó, todo su gozo  
adquirió un triste color  
y su hermosura un embozo.

Y cuando el golpe terrible  
de la muerte hirió en su padre.....  
su dolor fué indescriptible!  
no hay mal ya que más taladre  
en su corazón sensible.

Pero..... ¿y cómo de otro modo,  
si la pobre Rosalía  
quedó huérfana del todo,  
sin más amparo que el día  
y del mundo un mar de lodo?

No tenía ni un pariente  
lejano ¡ni uno siquiera!  
Sóla quedaba inclemente  
al no ser que alguien hiciera  
para ella de Omnipotente.

¡Y abrigaba tal temor  
su porvenir al mirar,

que la causaba terror  
ciertas cosas al pensar  
y un angustioso dolor!

¡Oh!—decía—si mi amante  
volviera ya en corta fecha.....  
aunque mi pena es bastante  
de mi dolor esta brecha  
no fuera tan apremiante!

Pero ¡ay! medio año ha pasado  
sin saber qué del ha sido!  
¿Habrà su vida entregado?  
¡Oh! no, que no haya ocurrido  
de ese modo, Dios amado!

Y de la duda el tormento  
por algùn tiempo llevando,  
un fatal presentimiento  
poco á poco fué abrigando,  
que hizo su penar más lento.

Largo tiempo Rosalía  
de caridad objeto era.  
Aquí demoraba un día,  
allí una semana entera;  
y así el tiempo trascurría.

Donde más tiempo vivió  
fué en casa de su adorado.  
Su familia la acogió  
y la tuvo á su cuidado  
hasta que un año pasó.

¡Pero cuando un día horrible  
llevó de Pedro la suerte,  
la nueva fatal, terrible,  
de que le arrastró la muerte.....  
su pesar fué indescriptible!

Y resuelta ya á arrostrar  
del mundo todos los males,  
decidió irse del lugar,  
do abrigó mil ideales  
y ninguno pudo hallar.

Pues aquel valle frondoso,  
para ella, en mejores días  
perdió aquel color hermoso  
que dibujó sus orgías:  
¡ya todo estaba lloroso!

¡Recuerdos sólo y pesares  
la daba su triste valle!  
De los mozos los cantares  
cuando rondaban la calle,  
evocaban sus amares!

¡Y esto la daba tal pena,  
tanto dolor y amargura,  
que allí nunca fuera ajena  
al pesar y á la tortura,  
sinó de recuerdos llena!

Y sobre huérfana ser  
en aquel sitio viviera  
que ansiara más su querer,

y tan cerca no tuviera  
recuerdos mil por doquier.

.....  
.....

Una mañana temprano  
cogió su pobre equipaje,  
se encomendó al Soberano,  
y en un modesto carruaje  
salió de su valle á un llano.

Cuando la aldea á perder  
Rosalía iba de vista,  
sin poderse contener  
un suspiro que contrista  
dejó entre lágrimas ver.

¡Al pasar el Campo-santo  
sollozaba Rosalía  
tanto, tanto; tanto tanto.....  
que su corazón latía  
oprimido por el llanto!

¡Adios!—le dijo al pasar —  
¡Adios, seres de mi vida  
que estais en ese lugar;  
se va vuestra hija querida  
con hondísimo pesar!.....

Os dejo; más volveré  
en esta tierra á morir!  
¡Ahí con vos me pudriré!  
¡Cuando sienta mi vivir  
apagarse aquí vendré!

¡Más ahora dejad que viva;  
dejad que de vos me aleje.  
Mi dicha ya en nada estriba,  
pero permitidme os deje,  
que aquí pronto á morir iba!

.....

¡Adios, mi valle querido!  
¡Adios, azulado cielo  
bajo el cual hube nacido!  
¡Cuánto corrí por suelo  
de ese tu campo florido!

.....

Eso entre lloro diciendo  
fué atrás su aldea dejando  
hasta que ya nada viendo  
la dió otro adios suspirando  
y desapareció gimiendo.

.....

## Canto tercero

---

Pues señor: Ya Rosalía,  
después de dejar su villa,  
llegó á la Vieja Castilla  
cuando casi anohecía,  
sin más recomendación  
que un alma pura y sencilla,  
una honra sin mancilla  
y un sensible corazón.

Cuando á tierra su pie echó  
estaba la capital  
sin incidente anormal;  
pero á ella la pareció,  
al pisar aquella tierra  
y sentir bullicio tal,  
que era el precursor fatal  
de algún tumulto de guerra.

Después que aquella impresión  
halló reposo en su pecho,  
do se apeó pidió lecho,  
y ha poco en honda aflicción  
Rosalía en él se hallaba;  
más dormir bajo aquel techo  
no pudo, y en triste accecho  
una hora y otra pasaba.

Al fin llegó la mañana  
y Rosalía temblando  
se echó á la calle llorando.  
A este tiempo la campana  
de una iglesia tocó á misa,  
y en ella entró sollozando;  
y al Dios eterno rogando  
se oyó decirle sumisa:

«¡Dios mío! mirad por mí,  
por esta pobre mujer  
que no tiene que comer  
y á buscarlo viene aquí!  
¡Sola me hallo en este mundo!  
¡Solo Vos, Supremo Ser,

podeis mi mal socorrer,  
tan triste como profundo!

¿Qué va á ser si de servir  
no encuentro en esta Ciudad?  
¿Qué va á ser, Dios de bondad,  
sino de hambre sucumbir?  
¡Pero no!..... Vos ya tendreis  
de esta joven caridad.  
¿No es verdad, Dios de piedad,  
que no me abandonareis?»

Y en tan fervoroso ruego  
la misa entera pasó,  
y otra misa y otra oyó;  
y era su fervor tan ciego  
que nada la distraía.  
Ya de su éxtasis salió  
porque al sacristán sintió  
que, muy fosco, la decía:

Señora, se va á cerrar,  
tercera vez se la avisa;  
ya ha sido la última misa  
según pudisteis notar.  
Caballero—contestó  
nuestra joven indecisa—  
perdonad—y muy sumisa  
agua tomando salió.

Ya en la calle, Rosalía,  
rumbo no sabiendo fijo,  
¿á dónde marchar?—se dijo;

y camino no emprendía.  
Calles y casas miraba  
con un asombro prolijo,  
y acostumbrada al cortijo  
de su aldea se admiraba.

Por una casualidad  
la sacó de aquel estado  
un ser tan inesperado  
como oportuno en verdad.  
Acertó á pasar junto á élla  
un militar, un soldado,  
que, mirándola asombrado,  
conoció su cara bella.

¡Tú por aquí, Rosalía?—  
exclamó el buen milltar.  
Su nombre élla al escuchar  
se fijó en quien lo decía;  
pero no reconociéndole  
no supo qué contestar,  
y atrás volvió su mirar  
sin saber por qué temiéndole.

¿No me conoces, acaso,  
porque voy así vestido?—  
dijo el soldado, y unido  
á esto dió hacia ella otro paso,  
logrado verla defrente  
otra vez; y acto seguido  
dijo: ¿No me has conocido,  
ó es que no hablas á tu gente?

¡No recuerdo quien sois—dijo  
la aldeana Rosalía.

—¡Soy Juan! ¡aquel que vivía  
junto al valle, en el cortijo!

—¡Eres Juan! ¡si que es verdad!

¡Así no te conocía;  
además nunca creía  
encontrarte en la ciudad!

Pero.... ¿cómo te hallo sólo?

¿Dónde tu gente quedó?

—¡Juan, mi padre ya murió,

Pedro también y una ola  
de mal aquí me ha traído.

¡Ya mi dolor te explicó  
la razón que me arrastró  
á este estado tan dolido.

Y á esto la pobre aldeana  
gruesas lágrimas vertía.

Consuélate, Rosalía—

dijo el soldado: mañana  
tienes casa en que servir,

si quieres

—¡Virgen María!

¿de verdad, Juan?

—¡como el día!

No tienes más que decir.

Precisamente ahora vengo  
de casa mi capitán,  
porque sin criada están,

de hacer cosas que me avengo  
Rosalía de decirte.  
Mucho salario no dan;  
pero allí te tratarán  
bien, si sabes conducirte.

Luego tú puedes buscar,  
con menos prisa otro puesto.

—Si, Juan, y si estás dispuesto  
no dejes tiempo pasar.

¿Quieres conmigo venir?

—¡Vamos pues! y uniendo á esto  
la acción de andar con un gesto,  
vedles unidos partir.

.....

No os daré cuanto detalles  
ocurrieron aquel día  
á la hermosa Rosalía,  
á aquella flor de los valles.  
Sólo os dire que llegó  
y que, aunque el lector se ría,  
por Juan allí quedaría  
á servir, como quedó.

Y pasó un mes y otro mes  
y algún pesar de sí echando,  
en lo que cabe, iba estando  
hasta contenta después.

Y en su cara los colores  
iban otra vez brotando  
allá en su pecho evocando  
otros tiempos seductores.

Y toda la gentileza  
que tenía su figura  
volvió á adquirir su hermosura,  
y hasta más fina belleza.  
Y tanto esto era verdad  
que mi pluma os asegura  
que era la más bella y pura  
que existía en la ciudad.

Y cuidado que en la lid  
de hermosura nadie deja  
atrás la Castilla Vieja,  
á la gran Valladolid.  
Pues sin embargo existía  
una moza sencilleja  
que era la envidia y la queja  
de cuantas bellas había.

En tal estado pasó  
un mes y otro mes y un año,  
sin suceso alguno extraño;  
pero un día ya llegó,  
que en sus mil evoluciones  
entró á servir á un tacaño,  
hombre traidor, cuyo daño  
era aun más que sus millones.

Allí de ama de gobierno  
entró, cargo muy honrado,  
pero ¡ay! que aquel ser malvado  
intrigante del averno,  
la atorgaba; más acaso  
con un fin tan ignorado

por élla como estudiado  
por él, tan villano paso.

La sencilla Rosalia,  
ignorante en el amor;  
criada como la flor  
que allá en su valle crecía,  
ignoraba que aquel ser,  
á quien tenía el honor  
de servir, fuese el mayor  
falsario de su querer.

Mas cuando cierta mañana  
la relación á sus ojos  
él la hizo de sus antojos....  
¡oh, pobrecilla aldeana!  
¡Tal dolor sintió en su pecho,  
que le dijo con enojos  
al ser de tales sonrojos:  
«me voy debajo este techo».

En efecto: Rosalía  
su equipo cogió afanosa,  
y ha poco triste y llorosa  
de aquella casa salía,  
yendo posada á buscar  
donde su alma candorosa,  
hasta encontrar otra casa,  
se pudiera cobijar.

Y en el mes del crudo Enero  
así la pobre se hallaba,  
viendo como se marchaba,

su escaso ahorro, lijero.  
Y mientras así vivía  
¡por cuantas cosas pasaba!  
¡cuantas cosas no aguantaba  
la aldeana Rosalía!

Más de una vez su hermosura  
fué por hombres perseguida,  
al ver tan pobre vestida  
semejante criatura.  
Pero ella, aunque se encontró  
en azares tal sumida,  
con resignación querida  
y heroísmo lo aguantó.

¡Y cuántas veces el llanto  
inundó sus bellos ojos,  
al escuchar mil sonrojos  
que la llenaban de espanto!  
¡Cuántas veces su pudor  
oyó cínicos antojos!  
¡Cuántos reproches y enojos  
tuvo que aguantar su honor!

Sin embargo: Rosalía  
con heroísmo sin par  
tanto mal dejó pasar.  
Ya la pobre cierto día,  
de estar mal alimentada,  
notó su vida enfermar,  
y cerca de un mes pasar  
vedla en su lecho postrada.

Y ahorros ya no teniendo  
cierta mañana fatal  
lleváronla al hospital  
copioso llanto vertiendo.  
¡Por cierto que memorable  
fué del hecho día tal!  
Un martes de Carnaval  
entró, ¡fecha inolvidable!

Y allá en un lecho que había  
de una sala en un rincón  
vacío, en honda aflicción  
ved yacer á Rosalía.  
¡Oh, cándida criatura!  
¿Qué siente tu corazón?  
¡Una continua traición  
de la suerte, es, alma pura!

¿Por qué no es, Dios de piedad  
esa joven más dichosa?  
¿Por qué tan joven y hermosa  
no gusta felicidad?  
¿Es que viniste á la vida  
como la flor primorosa  
que entre abrojos afanosa  
nace y siempre vive herida?

¡Oh! ¿qué suerte correrás  
todavía por el mundo?  
¡Acaso mal más profundo  
que los pasados tendrás!  
Pues la vida en ciertos seres

es de dolor mar inmundo,  
en pesares muy fecundo  
y muy escaso en placeres.

Pero volvamos, volvamos  
al asunto principal.  
Nuestra enferma al hospital  
cierto día á ver vayamos.  
Hablando está sobre el lecho  
animada hasta jovial;  
parece ser que su mal  
va mejorando en su pecho.

Su alivio no es nada extraño:  
todo su mal estribaba  
en que anémica se hallaba,  
origen de tanto daño.....  
Así que con el cuidado  
relativo, que gozaba  
en tal sitio mejoraba.  
aunque de un modo pausado.

Es una dama elegante  
la que está con ella hablando;  
y se ve de cuando en cuando  
un ósculo darla amante.  
¿Quién podrá ser la tal dama  
con quien se halla conversando  
que tan bien la está cuidando?  
noble parece de fama!

Como lo es, lector querido;  
como lo es en realidad.

Un título es en verdad  
que el Señor compadecido  
enviaba á Rosalía.

Un ser era de bondad,  
que en ejercer caridad  
cifrabá cuanto tenía.

De familia era en el mundo  
sóla, y con tanta riqueza  
que se hallaba á la cabeza  
del capital más fecundo.  
Y esto todo á más unido  
á un corazón de nobleza,  
socorrer á la pobreza  
era aquí su cometido.

Así que en cuanto llegó  
á sus oídos que había  
un ser de tanta valía  
en desgracia, hacia él marchó.  
Y hallándola tan hermosa  
y que mancha no tenía,  
llegó á ser de Rosalía,  
pronto, madre cariñosa.

Halló en ella tal dulzura  
tanta fe, tanto amor, tanto  
que llegó á hacerse su encanto  
semejante criatura.  
Y ni un día se pasaba  
sin que fuera á ahogar su llanto,  
y á dar fuerza á su quebranto; |  
ni un sólo día faltaba.

Y tanto amor la tomó  
que en poco tiempo os diré,  
sin temor á yerro, que  
prohijarla decidió.  
Y en efecto: el mismo día  
que hablar así se las vé,  
resuelta la dama fué  
á llevarse á Rosalía.

¡Figuraos el contento,  
el júbilo, la emoción,  
que sintió su corazón  
al saber tal pensamiento!  
Lo creía devaneo,  
de su mente aberración;  
una loca distracción  
lo juzgó de su desco!

Pero cuando ya la dama,  
en diálogo de las dos,  
la dijo: vengo por vos.....  
Rosalía loca exclama:  
¿Venir por mí? ¡pueda ser!  
Pero no puedo, oh gran Dios!  
¡Aun de mí está el mal en pos!  
¡Aun no me puedo valer!

«Vengo por vos, Rosalía,—  
dijo la noble señora—  
paro hacerte desde ahora,  
si tu quieres, hija mía.  
¿Cómo he podido alcanzar —

dice la joven, que llora—  
tanto honor? ¡Tal me enamora!  
¿Qué más podía ansiar?

Hágase según su anhelo.  
Vos tratasteis mi dolor  
con el bálsamo mejor  
de curar el desconsuelo.  
¿Qué más puedo apetecer?  
Huérfana soy y mi honor  
quiere recoger su amor:  
más ya no puedo obtener!

.....

De allí ha poco cierto coche  
que á la puerta se encontraba  
á un palacio la llevaba,  
de suntuosidad derroche.  
Allí, sobre blando lecho,  
su salud volver notaba;  
y en poco tiempo se hallaba  
sano y alegre su pecho.

Y bien cuidada y vestida  
en salones su hermosura  
lució la aldeana pura,  
siendo admirada y querida  
por todo el que la trató:  
De tal modo esta figura,  
de amor dechado y dulzura  
en la alta esfera vivió.

.....

.....

## Canto cuarto

---

Eran las doce de un día  
de los dos años siguientes,  
que de nobleza entre gentes  
nuestra aldeana vivía,  
cuando á compás se veía  
un coche y otro llegar  
ante el palacio; bajar  
de ellos damas y señores  
y entre pórticos de flores  
en lujosa estancia entrar.

Tras la corta detención  
que una firma echar costaba,  
el personaje bajaba,  
algún que otro en aflicción;  
olvidaba la emoción,  
su coche á ocupar volvía  
y ha poco de allí partía  
en otra ó igual dirección:  
Esto sin interrupción  
se notó todo aquel día.

Pues señor: ¿Qué ocurrirá  
allá dentro del palacio?  
Las gentes hablan despacio;  
mas ¿por qué? ¿por qué será?  
¿Alguien enfermo estará?

Yo tal creo debe ser,  
sinó ¿á qué tanto temer  
hacer el más leve ruido?  
Debe estar de muerte herido  
en aquella estancia un ser.

Hay una estancia escondida  
donde, bajo su techumbre,  
no entra ni aun la servidumbre  
sin orden bien comprendida.  
Sólo una mujer, sumida  
en amarguísimo llanto,  
del dolor por el quebranto,  
se encuentra bajo aquel techo.  
Sentada está junto á un lecho  
lujoso de palo santo.

E inmóvil se la vé el día  
el mismo sitio ocupar;  
pues si precisa ordenar  
junto á la mano tenía  
un resorte que decía  
su aviso á cualquier criado,  
el que pronto y con cuidado  
en la estancia penetraba;  
élla el mandato le daba,  
lo cumplía y acabado.

Y habrás sacado, lector,  
por la relación del hecho,  
que había bajo aquel techo  
un ser en grave dolor;  
como igualmente ó mejor

aquella enferma quien fuera,  
y quién, también, la enfermera  
que junto al lecho yacía.

La enfermera Rosalía:  
la enferma la Marquesa era.

En efecto: aquella dama  
que á Rosalía acogió  
y por hija la adoptó  
es la que enferma está en cama.  
Y tan grave está ¡ay! que clama  
Rosalía en balde al cielo;  
pues la Marquesa este suelo  
iba pronto á abandonar,  
sin remedio ya encontrar,  
ni Rosalía consuelo.

Ya aquel día se encontraba,  
por mandato del doctor,  
dispuesta con el Señor  
como la iglesia ordenaba,  
Esto en verdad apenaba  
hondamente á Rosalía,  
aunque sus bienes sabía  
con indudable certeza  
que á su nombre, á su cabeza,  
todo quedádolo había.

Pero ¡ay! éso para un alma  
noble, agradecida y pura  
era una doble tortura  
que la robaba la calma.  
Por eso envuelta en la talma

del pesar más hondo y puro  
Rosalia estaba os juro,  
sincéramente apenada;  
abatida contristada  
por mal tan grave, tan duro.

Pues señor: casi de noche  
del día en que estoy hablando,  
se vé un dama llorando  
salir, yendo hacia su coche  
con un gesto de reproche.  
Esto á tal tiempo pasaba  
que otra dama se apeaba  
y á subir iba á firmar:  
pero viéndola llorar  
preguntóla qué pasaba.

¿La Marquesa—dijo—acaso  
se encuentra en peor estado?  
En este instante ha espirado  
—dijo la otra en tono escaso.  
Entonces atrás mi paso  
—dijo la que á subir fuera—  
pues mi firma no sirviera  
de nada estando ya en duelo,  
¡Pobre ser! gracias que el cielo  
habitara: itan buena era!

En fin: mil gracias, señora;  
y pues que de lejos soy  
á mi casa á tornar voy:  
iel viaje eché en mala hora!  
Con que vuestra servidora.

Id con Dios—la contestó  
la que tal nueva la dió.  
Subieron en su carruaje  
y de la noche el celaje,  
que llegaba, las cubrió.

Era verdad: La Marquesa  
acababa de espirar,  
y el cielo émpíreo habitar,  
que es del Señor la promesa  
hecha al ser sobre quien pesa  
resignación, fé y amor  
y alivio de pecador,  
como en la Marquesa había:  
por eso de aquí salía  
con la sonrisa mejor.

Cuatro hombres con cuatro hachones  
ha poco se ve llegar  
y la escalera salvar  
sin guardar ya precauciones.  
De allí ha poco los balcones  
se abren también sin concierto  
la campana toca á muerto  
con su lúgubre tañido,  
y por el pueblo es sabido  
de su muerte ya lo cierto.

.....

Se hicieron los funerales  
llegado el día siguiente,  
á los que fué mucha gente  
por verse pocos iguales.

Después sus restos mortales  
al cementerio llevaron  
y en rico panteón quedaron  
con los que la precedieron;  
las gentes luego volvieron  
y lo pasado olvidaron.

Es decir: luego se hablaba  
de que si testado había  
en favor de Rosalía,  
ó si nada la dejaba.  
Había quién lo negaba  
y hubo quién lo aseguró,  
y hasta creo se apostó  
no pequeña cantidad  
entre algunos: qué verdad  
ésto tenga no sé yo.

Lo que puedo asegurar  
sin temor á equivocarme,  
pues para bien informarme  
fui el testamento á mirar,  
es que todo vino á dar  
á manos de Rosalía;  
todo cuanto poseía  
la Marquesa la dejó:  
heredera la nombró  
de todo cuanto tenía.

Noticia que á mucha gente  
no cogió desprevenida.  
Casi era cosa sabida  
que no teniendo un paciente,

al no ser que de repente  
en el mundo apareciera,  
que sería la heredera  
de su cuantiosa fortuna  
la huérfana que oportuna  
en cierto día acogiera.

.....

Rosalía al encontrarse  
dueña de tanta riqueza,  
no podía en su cabeza  
tales ideas formarse.  
¡Ella! que llegó á encontrarse  
huérfana y en lance tal  
que un lecho en el hospital  
por algún tiempo ocupó.....  
¡no podía, no, ser, no,  
tanta dicha concebir!  
Que soñaba su vivir,  
con tal riqueza, creyó.

.....

Rosalía, como buena  
lloró la madre perdida,  
su felicidad querida,  
con hondo dolor y pena.  
Y algún tiempo á todo ajena,  
sólo vivió en su pesar,  
sin poder del pecho echar  
el dolor que la oprimía:  
así vivió Rosalía,  
sin que era rica pensar.

Pero como en esta vida  
con más ó menos dolor  
y en fecha corta ó mayor  
todo sin querer se olvida;  
ó al menos de mal la herida  
va poco á poco curando,  
en Rosalía fué hallando  
tambien su pesar consuelo;  
y poco á poco su duelo  
lenitivo fué encontrando.

Como era muy natural  
siendo tan joven y hermosa,  
y una riqueza asombrosa  
contando por capital;  
fué de envidia objeto tal  
entre las gentes del mundo  
que con rencor iracundo  
miraban á Rosalía;  
y las jóvenes del día  
con odio más que profundo.

Pues do fuera su hermosura  
los hombres la disputaban,  
y á cual más la agasajaban,  
con atención y finura.  
Era en fin la criatura  
donde todas las miradas,  
de aquel tiempo, eran cifradas.  
El hombre por cautivarla,  
la mujer por reprocharla;  
pues las tenía agobiadas.

Y todos á cual al cielo  
rogaban con más fervor.  
Ellos por lograr su amor;  
éllas por quitar del suelo  
lo que para hallar su anhelo  
como enemigo tenían:  
seres todos, pués, sufrían  
por aquel ser ideal;  
mas todos viéronse igual  
respecto á lo que pedían.

En verdad que era una presa  
en quién debían fijarse,  
pues no suelen encontrarse  
todos los días como ésa.  
Con título de Marquesa  
y hermosa cual no la ha habido,  
no era un ser digno de olvido;  
¿qué iba á ser! ¡ni mucho menos!  
Por eso tras élla vemos  
al hombre loco perdido.

Por parte de Rosalía,  
desde que Pedro murió  
de amar jamás se acordó:  
¡tanto por aquel sufría  
la aldeana todavía!...  
que fuerza no halló bastante  
ni encontró ningún amante  
que remedara de aquel  
el amor; ni que por él  
sintiera amor delirante.

De la rica sociedad  
muchos jóvenes quisieron  
lograr su amor; mas tuvieron  
por respuesta igual verdad.  
«Caballero, con bondad  
vuestra atención agradezco;  
mas de amor un mal padezco  
que hasta que no esté curado  
me obliga á que sea airado  
su amor, el que no merezco».

Así varias pretensiones  
Rosalia aniquiló.  
Sin embargo: un ser logró  
un día sus emociones  
cautivar, con las ficciones  
que estudió para vencer.  
Era este joven un ser  
astuto como el mayor,  
en los lances del amor  
hecho viejo sin querer.

Noble y rico por su cuna  
en cuanto hombre hecho se vió  
á su padre demandó  
cuanta fuera su fortuna.  
Y cuando pesetas ni una  
ya tenía en su bolsillo,  
á casa volvió el muy pillo  
fingiendo dolor prolijo.  
¡Arrepentido mi hijo?  
—dijo el padre—ipobrecillo!

Y el seno de la familia  
otra vez volvió á ocupar  
Y por bueno por pasar  
no quebrantaba vigilia;  
y hablaba de santa Emilia  
y de otros santos y santas,  
fingiendo virtudes tantas  
que le creyeron ya lleno  
de arrepentimiento y bueno:  
¡oh, falsedad como encantas!

A este ser, cuanto llegó  
la noticia de que había  
heredado Rosalía  
triple de lo que él gastó;  
con gran furor empezó  
decidida una campaña;  
y aunque á las gentes extraña  
yo me atrevo á asegurar  
que nadie pudo lograr  
lo que logró él con su maña.

¡Como que nuestra aldeana  
volvió á sentir el amor!;  
¡pero tan fuerte ó mayor  
que en otra época lejana!  
Y hasta se creía ufana  
con abrigar tal querer.  
¡Sabía también hacer,  
con su gallarda figura,  
el amor á su hermosura...  
que cautivaba su ser!

Verdad es que Don Enrique—  
que así el galán se llamaba,  
pues con título contaba—  
sin que á su mal ponga dique,  
necesario es que os indique  
que era una bella figura.  
De más que media estatura,  
con gracia y con garbo tal  
que no se hallaba otro igual,  
ni hombre ya de más bravura.

Esto unido á que ignorante  
se encontraba Rosalía  
de que su galán sería  
en amor un intrigante,  
que derrochado el tunante  
había ya una fortuna,  
«amando en Castilla á una  
y otra en Francia ó Aragón»:  
le creyó su corazón  
y le amó como ninguna.

Sabía de tal manera  
cautivar á las mujeres,  
que hacía de sus quererés  
esclava á aquella que fuera  
más coqueta y altanera.  
Era un hombre cuya ciencia  
en amor, por experiencia,  
de tal manera sabía....  
que de éllas su antojo hacía  
sin tener de éllo conciencia.

Así que á nuestra aldeana  
la costó poco trabajo  
poder engañarla el majo.  
¡Era tan creida y llana!  
Ide alma tan pura y cristiana  
que en cuanto amor la juró  
y un poco se lo pintó  
un sitio bueno y seguro  
en su pecho casto y puro  
enseguida le cedió.

Y poco á poco fué echando  
tales raices su amor  
que la pobre ya dolor  
por él estaba pasando.  
Cada día iba encontrando  
más garbo, más donosura  
de su amante en la figura;  
hasta que notó en su pecho  
que pasión se había hecho,  
y aquella pasión locura.

Todas estas impresiones  
iba notando su amante  
con alegría triunfante;  
y, cual de otros corazones,  
cambiaba las emociones  
de la bella Marquesita  
del modo que necesita  
para conseguir al fin,  
su rostro de querubín  
y su fortuna bonita.

La preciosa Rosalía,  
viéndose sola en el mundo,  
dueña de amor tan profundo,  
su dicha sólo veía  
en que aquel ser que quería  
la llevase ante el altar;  
y su fortuna entregar  
en las manos de aquel ser,  
cuya fortuna y mujer  
supiera representar.

Así que en cuanto su amante,  
con los modos que sabía,  
se llegó á decirla un día  
lleno de amor el semblante:  
«Si juzgais tiempo bastante  
ya, el que medió entre los dos,  
y creéis nos llama Dios  
para hacernos muy dichosos  
declarándonos esposos....  
vayamos, pues, de élla en pos».

Ella una mirada echando  
aquel ser de su amor dueño  
díjole que era su sueño  
de lo que la estaba hablando.  
Su alteración él notando  
su limpia mano tomó,  
y una dicha la pintó  
cual hasta entonces no había:  
Esto todo á Rosalía  
de trastornarla acabó.

Pues señor: Ya concertada  
de estos amantes la boda  
está; ya la gente toda  
se encuentra de éllo enterada.  
La noticia divulgada  
pronto fué por la Ciudad.  
Cada cual sin caridad  
hace miles comentarios,  
algunos con chistes varios,  
y de muy poca piedad.

.....

Pasa el tiempo. Cierta día  
se sabe que al nohecer  
el casamiento va á ser;  
y á la parroquia acudía  
la gente y se detenía  
de la entrada hacia la puerta;  
allí la esperan alerta  
para admirar si ha tenido  
gusto en joyas y vestido;  
si es linda ó si dama tuerta.

Ya se empezaba á notar  
la impaciencia entre la gente,  
cuando se oyen de repente  
coches de lejos rodar.  
Ya se van viendo llegar.  
Ya la gente se amontona  
por ver quién es la persona  
que sale del primer coche,

la que ven á troche ó moche,  
y que luego se ovaciona.

Ya por fin llega la novia.  
¡Ya está aquí!—gritan algunos  
concurrentes oportunos—  
¡la Marquesa de Segovia!  
y alguna palabra que ovia  
por sabida, ya deciros;  
aunque se los dá mil giros  
porque tengan novedad,  
resultando á la verdad  
chistes; mas de *obscenos viros*.

Tras un momento espectante  
se ve á los novios pasar,  
y á las gentes admirar  
belleza y gusto bastante.  
Nunca se vió más brillante  
ni lujoso casamiento.  
Por doquier oro sin cuento  
gusto, riqueza esplendor.  
Se gastó de lo mejor  
en todo y sin miramiento.

.....  
.....

Pues señor: Ya Rosalía,  
merced á la bendición  
del sacerdote, en unión  
de Don Enrique Pavía  
por siempre ya vivirá.

Como en efecto vivió;  
pero ¡ay! cuánto no sufrió!  
¡Cuánto no pudo penar  
con el hombre cuyo amar  
por élla loco creyó!

Mas no nos adelantemos  
y los sucesos traigamos  
por orden. A dejar vamos,  
por un tiempo, á los que vemos  
ir al altar. Los tenemos  
ante Dios hechos esposos.  
Solo os diré que amorosos,  
después que se celebraron  
las bodas, juntos marcharon  
á viajar, muy cariñosos.

Dejémosles en su viaje  
de una en otra capital,  
Don Enrique un dineral  
derrochando á su arbitraje.  
No hubo de Italia paisaje  
que se quedara sin ver,  
donde á su gusto y placer  
cuanto quiso disfrutó:  
cuando de ésto se cansó  
vedles á casa volver.

.....  
.....  
.....

## Canto quinto

Son dos años después. Ya Rosalía  
va notando en su esposo intransigencia  
Su mirada de amor tornóse fría;  
cierta intranquilidad, cierta impaciencia.  
¿A qué cambio tan brusco obedecía?  
¿A qué tan prematura indiferencia?  
¿No le ama cada día más su esposa,  
y cual nunca brilló brilla de hermosa?

Si: su esposa le quiere; más le adora;  
le profesa pasión, ciega locura;  
y en cuanto á hermosura estar hoy enamora  
cual nunca enamoró con su hermosura.  
Es una real mujer, una señora  
bella, hermosura, de garbo y donosura:  
Así que por marchita ya encontrarla  
el Marqués no podía reprocharla.

No: al Marqués debe ser un caso extraño,  
el que le tiene así de indiferente  
debe ser un terrible, un fatal daño  
el que su corazón hiere de frente;  
y el le que hace vivir cerca de un año  
aislado del bullicio y de la gente.  
Sólo sólo el Marqués es el que sabe  
la razón de su mal fan triste y grave.

Un día la Marquesa se hizo madre  
y con gran regocijo fué corriendo  
á decirle á su esposo: ya eres padre;  
pero al ver que lo escucha un gesto haciendo,  
cual si aquella noticia no le cuadre,  
Rosalía exclamó casi gimiendo:  
¿Por qué, esposo querido, esta noticia  
no te llena de gozo y de delicia?

Yo que á darte venía con gran gozo  
tal nueva, de ese modo lo recibes?  
y en vez de producir en tí alborozo  
apenas si la escuchas y apercibes.  
¡Quítame, esposo mío ya el embozo  
en que ese tu pesar, mi amor, estribes.  
Por qué afligido estás? dí ¿qué te pasa?  
¿Cuál es ese pesar que te traspasa?

Si no me ocurre nada, esposa mía—  
contesta Don Enrique en tono incierto.  
Si soy feliz contigo, Rosalía,  
muy feliz, muy dichoso tenlo cierto.  
Antes era un pesar el que sentía,  
cuya causa á explicarme no me acierto;  
mas con esa noticia que me das  
gozo tanto cual tu gozando estás.

No consiguió por ésto Don Enrique  
la duda de su esposa disipar;  
ni la nueva de padre puso dique  
tampoco á su desdicha y su pesar:  
al contrario, aumentó; y estuvo á pique  
casi herido de muerte de enfermar.

¡Produjo en el, Dios mío, tal tormento  
que fué en vez de alegría sentimiento!

Pues aunque libertino se acordaba  
de la suerte fatal que correría,  
mejor dicho, que fijo le esperaba  
al ser que de su ser mismo nacía.  
quien al venir al mundo se encontraba  
pobre, por aquel padre que tenía;  
el que sin reparar cosa ninguna  
derrochó tras la suya otra fortuna.

Así que la noticia de que un hijo  
iba á tener, llenóle de amargura.  
¡Una desgracia más! triste se dijo,  
¡Oh! pobre, desgraciada criatura!  
Creyó mi esposa darme regocijo  
y no sabe mi pena y mi tortura.  
Y sumido en aquestas reflexiones  
se empezó á arrepentir de sus acciones.

Pero ¡ay! era ya tarde. Ya su enmienda  
sería, aunque quisiera, infrutuosa.  
Dueño no era de nada de su hacienda;  
pues derrochóla en vida licenciosa.  
Sólo el palacio aquel de su vivienda  
libre estaba de todo: ¡extraña cosa!  
Y de estos tristes hechos Rosalía  
ni el más leve rumor siquier tenía.

Ella, honrado creyéndole á su esposo,  
á su nombre inscribió su gran fortuna,  
juzgándolo muy digno y muy honroso;

y no quedó á su nombre finca alguna  
de mediano valor: ¡lance penoso,  
que debió de pensar más oportuna!  
Así que Don Enrique fué empeñando  
sus bienes y á su antojo fué gastando.

Como firma de nadie precisaba,  
sinó suya, y en casa era él el dueño,  
esta finca vendía ó hipotecaba  
según gusto; fruncía un poco el ceño;  
luego las cantidades se gastaba  
sin que nunca turbase ésto su sueño;  
y obrando así á su antojo cada día  
á gastarse llevo cuanto tenía.

Nunca creyó encontrarse de tal modo.  
Jamás á extremo tal pensó llegar.  
Su fortuna juzgó reina de todo,  
eterna triunfadora del gozar;  
y con creencias tales en un lodo  
de pobreza muy pronto se vió estar:  
sin que de ésto pudiera ya librarle  
nadie; pues nadie osara ni escucharle.

.....

Un día, cuando ya sintió en su pecho  
el tormento fatal de la verdad;  
cuando vió el precipicio á que derecho  
caminaba por su vicio y maldad.....  
isólo entonces veló sobre su lecho!  
isólo entonces se habló á sí sin piedad!

Y solución á su estado buscando  
las noches se pasaba cabilando.

.....

En ésto íbase el tiempo trascurriendo;  
élla estudiando en él las impresiones;  
su estado, como puede, él va fingiendo,  
y ocultando sus tristes emociones:  
hasta que el embarazo fin teniendo  
vino á dar al estado soluciones.  
Don Enrique ocultar màs no podía  
aquel hondo pesar que le oprimia

.....

Su esposa trajo un día al mundo un hijo  
que el Marqués recibió con gran dolencia;  
mas fingiendo tener goce prolijo  
estrechó contra sí al ser de inocencia,  
y apostrofándose á sí mismo dijo:  
¡Díle, dile á este ser cual es su herencia!  
Qué le vas á dejar en esta vida?  
¡el estigma de un padre suicida!

.....

Así unos días más fueron pasando.  
Don Enrique cual loco se encontraba,  
solución á sus males mil buscando;  
pero inútil, su mente no la hallaba.  
Sólo un rayo fatal acariciando  
su razón hace tiempo se encontraba.  
¿Solución en el juego encontraría?  
Suerte no tuvo nunca: ¿hoy la tendría?

Esto pensó una noche. De mañana  
medio loco salió de su palacio  
con la idea fatal anti - cristiana  
del suicida vil. Marcha despacio,  
cual si mostrárase aquel alma humana  
á consumir su mal algo rehacio.  
¿O es que va rebuscando en su cabeza  
alguna solución á su maleza?

En efecto: eso es; pues de repente,  
cual herido por rayo luminoso,  
se detiene; el índice á su frente  
se lleva como el hombre caviloso;  
despues dícese él mismo: ¡sí detente!  
lleva luego su vista al Poderoso  
y cual si se encontrara ya salvado  
torna su paso atrás precipitado.

Ha poco se le ve un coche tomar  
y á su casa volver. Tras corta estancia  
el coche que ocupó vuelve á ocupar;  
da señas al cochero y la distancia  
que existe á sitio tal pronto salvar  
el vehículo logra. Con jactancia  
del pescante bajar se ve al cochero  
y abrir la portezuela al caballero.

Este págale presto y muy de prisa  
del domicilio aquel corta escalera  
salva. Llamada algo indecisa  
da á una puerta que encuentra la primera.  
Abren, y con fingida mal sonrisa

pregunta por el ser que buscando era  
Dícnle que es allí efectivamente  
y en la estancia penetra sonriente.

.....

La entrevista que tuvo Don Enrique  
con el ser que iba á ver prolijo fuera  
mas algo es necesario que os indique.  
Pues bien, os lo diré: Su objeto era  
salir de aquel estado ó ir á pique  
del todo, cuyo fin trágico fuera.  
Vender ó hipotecar lo que tenía  
es la intención fatal que en él había.

Iba á empeñar allí la única hacienda  
que de todos sus bienes le quedaba.  
A hipotecar allí iba su vivienda,  
aquel regio palacio que encantaba,  
y el fruto que le diera aquesta prenda  
jugarlo, por si el juego le salvaba  
Mas ¡ay! que pronto vino la contraria  
y se halló en una suerte más precaria.

Salió, y desde el despacho hipotecario  
do quedaba en litigio aquel tesoro,  
dirigióse al malévolo escenario  
de la casa de juego en que hay más oro:  
la misma que llevóle un bien salario  
en otras ocasiones sin gran lloro,  
Allí llega, mediata una jugada.....  
la apunta..... pero no sale acertada.

Ya, luchando en ganar, con vano empeño,  
lo poco que le resta tira airado

á una carta, que espera con mal ceño  
á la vez que con ansia y agitado.  
¡Llega al fin la contraria! y sin ser dueño  
de lo que hace, de allí sale exaltado.  
¡Ya no hay nada, no hay nada que le pueda  
sacar de aquel estado en que ya queda!

Esto ocurrió la noche precedente  
que el bautizo de su hijo celebrarse  
debía, cual se dijo ya á la gente.  
Pavía resolvió ya suicidiarse;  
mas en forma estudiada, consecuente,  
como nadie pudiera sospecharse.  
De la casa de juego fué á su casa  
y la noche pensando en éllo pasa.

Llega el día despues: Está el palacio  
de amigos y parientes casi lleno.  
Todos están joviales; no hay rehacio  
á la fiesta ninguno; es todo ameno.  
A la iglesia se va y vuelve despacio  
de chiquillos trayendo un grupo bueno;  
los que á unísona voz tras él gritando  
«¡bautizo!» van las calles atronando.

Cuando en casa se vió la comisión,  
las voces de los chicos atronaban;  
sin quitar ni uno su ojo del balcón  
del centro del palacio, por si echaban  
dinero, no perder tal ocasión  
y coger cuanto vieran arrojaban.  
Mientras ésto pensaban los chiquillos  
sus planes Don Enrique halló sencillos.

Oportuna ocasión esta es—se dijo—  
para dar fin, oculto, á tantos males.  
Fué á estrechar entre sus brazos á su hijo;  
un beso dióle cual no tuvo iguales  
y en riquezas mostrándose prolijo  
en pesetas cambiar mandó cien reales.  
Esto así las echó en cierto talego  
y al gran balcón del centro salió luego.

En el mismo y en otro los amigos  
presenciaban el bello festival  
de verse convertir en enemigos  
los chicuelos en lucha desigual;  
mas pronto convirtiéronse en festigos  
de un lance tan pensado cual fatal.  
Don Enrique, en pensada evolución  
se inclinó y se arrojó por el balcón.

Un grito de terror dejóse oír  
en la gente del pueblo y convidados,  
sin saber como tal pudo ocurrir.  
Algunos contemplaban acercados  
el cuerpo que dejó ya de existir.  
Los chicuelos huyeron aterrorados.  
Y todos muerte tal atribuyeron  
á un suceso casual, pues tal creyeron.

A su esposa, que en cama se encontraba,  
lo fatal del suceso la ocultaron.  
Dijéronla que enfermo algo se hallaba,  
intriga que estudiar bien precisaron.  
Y así según el tiempo se pasaba  
su gravedad con tino noticiaron,

hasta que un día ya supo lo cierto  
y la forma tan triste en que hubo muerto.

De perder Rosalía estuvo á punto  
la razón. ¡Qué de luchas y torturas!  
¡Y que este mal no es sólo, ya, barrunto  
dijose entre pesares y locuras!  
Y en verdad que así fué; pues el conjunto  
vió pronto de sus miles amarguras.  
¡Pronto vió que se hallaba sin hacienda!  
¡Sin ser dueña siquiera de vivienda!

Entonces de su esposo no creyó  
ya la muerte casual sinó estudiada,  
causa de la fortuna que perdió,  
por hombres muy honrados deseada.  
Cuando así la aldeana se encontró  
su estado comparar con qué no hay nada.  
Lloró, sí; clamó y rogóle al cielo  
con lágrimas de amargo desconsuelo.

Y el tiempo de escrituras trascurrido,  
al ver que se quedaba ya sin bienes,  
comentarios las gentes de éllo haciendo  
y expuesta, sin su culpa, á mil desdenes,  
decidió sus enseres ir vendiendo,  
ceñir con el dolor sus castas sienas,  
y á morir retirarse allá á su aldea  
con su hijo y el pesar que la rodea.

Y así lo hizo en efecto: Rosalía  
anunció sus enseres á almoneda;  
á metal redució cuanto tenía,

y cuando ya de todo no la queda  
sinó algunos objetos que quería  
reservarse en recuerdo, la vereda  
vuelve á tomar del pueblo en que nació  
y cual salió, llorando, así volvió.

¡Oh, preciosa aldeana! ¿qué aflicción  
no ha herido sin piedad ese tu pecho?  
¿Qué pesar no oprimió tu corazón?  
¿Qué mal no llegó á tí siempre derecho  
á sumirte en amarga confusión?  
¿Qué pecado, mujer, es el que has hecho?  
¿O es que viniste al mundo á ser ejemplo  
de la mártir del mal, digna del templo?

Sí que mereces tal, bella mujer;  
pues aunque de mil males siempre herida  
todos supo arrostrar ese tu ser  
con fe y resignación santa y querida.  
¿Qué te resta del mundo que saber?  
¿En qué esfera vivir resta á tu vida?  
¿A ser rica Marquesa no llegaste?  
Y en todas las esferas ¿qué encontraste?

El dolor, el pesar, el sufrimiento;  
la ingratitud, el llanto, la amargura.  
Antes, de pobre ser, el sentimiento.  
Rica siendo después igual tortura.  
¡Luego un hombre, fingiendo amor sin cuento,  
engañó tu muy cándida hermosura,  
trayéndote su amor el mayor mal:  
la ruina, y con un hijo ¡qué fatal!

Rosalía sumida en triste lloro  
á su aldea tornaba cual salió,  
sus sollozos y llanto haciendo coro:  
¡igualmente que aquello abandonó!  
Es decir: sus angustias casi ignoro  
si juzgarlas mayores hoy ó no.  
Pues si entonces el mundo la asustaba  
al verse sólo y triste, hoy no variaba.

Porque aunque la aldeana algún dinero  
llévase hoy, producto de sus ventas,  
no era, no, capital; sinó un ligero  
alivio á su pobreza, cuyas rentas  
diéranla de producto al año entero  
unas mezquinas y sencillas cuentas.  
Además hoy la hermosa Rosalía  
un hijo, cual entonces no, tenía.

Este ser la existencia de la madre  
es el que con dolor preocupaba  
No hay pesar que su pecho más taladre  
que pensar en el hijo que adoraba;  
en la suerte labrada por su padre:  
iésto era lo que más la atormentaba!  
Por lo demás, para élla cualquier suerte  
fuera buena en la vida hasta su muerte.

.....

Cuando ya de su aldea vió la entrada  
á sus ojos brotó copioso llanto.  
Se acordó de la infancia allí pasada  
donde fué tan feliz, do corrió tanto,

por esta y por aquella encrucijada!  
¡Tendió después la vista á su quebranto  
y estrechando á su hijo con cariño  
le besa y clama luego: ¡pobre niño!

.....

Cuando más cerca ya vieron sus ojos  
el cementario aquel do descansaban  
de sus queridos padres los despojos,  
los suspiros y lágrimas la ahogaban.  
¡Ya me teneis aquí llena de enojos!  
—exclamó— vuestros restos me aguardaban,  
¡Lo mismo que os dejé vuelvo á buscaros!  
¡Si llorando me fuí, igual á hallaros!

¡No tardaré en venir á ser cual vos  
materia que se pudre, no; yo espero,  
por el llanto y pesar que de mi en pos  
vino siempre, que pronto, pronto muero!  
¡No lo siente mi alma más, oh Dios,  
que por mi hijo, este ser que tanto quiero!  
Si no fuese por él ya Rosalía  
la muerte con fervor invocaría!

¡Pero no, viviré! si, si, hijo mío!  
Viviré, si Dios quiere, hasta criarte  
se lo ruego al Señor y en tal confío  
¡Huérfano no quisiera, no, dejarte,  
que huérfana yo fuí y mundo impío  
me trató cual no quisiera Dios tratarse!  
¡No, Dios mio, por mi hijo viviré  
y de morir ya mozo le veré.

Y no murió, en efecto, Rosalía  
antes que él; fué su hijo el que murió,  
cuando apenas dos años contaría.  
Tan terrible dolencia le atacó  
que salvarle imposible ya se hacía,  
y, tras largo sufrir, la muerte halló.  
La madre recibió ésto como mal,  
siendo así que era suerte lo fatal.

Rosalía su vida ya indecisa  
y sin afecto alguno la pasaba,  
ajena á todo goce y toda risa,  
esperando la muerte que anhelaba,  
la que á herir no acudía con gran prisa  
pues parece sus voces no escuchaba.  
¡Siempre ha de ser traidora é inhumana  
y acudir cuando quiere y es su gana!

Mas no tardó, no, mucho en acercarse  
á herir de Rosalía el martir ser.  
De la muerte de su hijo iba á contarse  
el cuarto aniversario, y sin ya ver  
que empezaba la madre á consolarse  
de cuantos males pudo aquí tener,  
llega entonces la muerte con su velo  
la envuelve y se la lleva de este suelo.

.....

Rosalía, según veis, pues, murió  
después de haber gustado cuantos males  
ser humano jamás aquí probó,  
ni tampoco tan tristes ni fatales:

por eso del martirio se llevó  
la palma entre los seres terrenales.  
A la protagonista de esta historia.....  
¿negársela, lector, puede la gloria?

.....  
.....  
.....

Allí está entre coros—cantando y riendo  
la bella aldeana—que tanto penó.  
La flor de aquel valle—que siempre sufriendo  
estuvo en la vida—la gloria ocupó.

Y si aquí era hermosa—cual no hubo ninguna  
más bella y hermosa—se puso al morir.  
La velaron ángeles—la alumbró la luna  
y adquirió hermosura—cual no hay que decir.

.....

¡Adios, flor del valle,—bella Rosalía,  
mártir de las mártires—reina del amor!  
Yo también contigo—marcharme quería.  
¡Me marchó!..... Y te dejo—adios mi lector.

FIN









